

leyes de la naturaleza y de la Redención—, rastrea sus *antecedentes* —nominalismo, ciencia moderna, protestantismo, gnosticismo—, estudia sus *relaciones* con el poder y la utopía... Y se ocupa de las principales corrientes ideológicas.

Empezando por el *liberalismo* —entre sus páginas son de destacar las referidas a Hayek, extraordinariamente reveladoras—, siguiendo por la *ideología democrática* —que caracteriza como auténtica forma de vida y hasta como fe civil—, la *democracia cristiana* —Lamennais, Marc Sagnier y Maritain desfilan por sus páginas—, la *democracia socialista* y el *marxismo-leninismo*.

El libro se complementa con unas bibliografías tan ricas como poco hinchadas y breves cuestionarios que pueden ser muy útiles para su aplicación docente, como ejercicios de recapitulación.

Nos encontramos ante una obra escrita con un estilo poco frecuente en este nuestro tiempo indigente. Que se permite ignorar los *tópicos* consagrados y combatir los *ídola* de toda especie. Más llamativa aún es la recomendación del libro por el Ministerio de Educación (el de Chile, claro está), que desde el ángulo español nos sitúa en el túnel del tiempo o en la política-ficción.

Juan Antonio Widow merece nuestro agradecimiento por su «El hombre, animal político». En toda sociedad es necesaria la educación y toda brecha en la educación lo es en la sociedad. Le Play —citado por Maurras— nos da las razones de ello: «Las sociedades perfectas están permanentemente sometidas a una invasión de pequeños bárbaros que llevan a ellas sin descanso todos los malos instintos de la naturaleza humana... Desde el momento en que las sociedades se descuidan un solo instante de oponer la disciplina de la educación a esa marea natural, la decadencia se hace inminente». Este libro nace con vocación de dique. Esperemos que las aguas no se desborden.

MIGUEL AYUSO.

Anneo Séneca: DIALOGOS (*)

No sé si se lee a Séneca en el siglo xx. Pero no se trata de saber si Séneca es todavía leído, sino si merece siempre ser leído. Para nosotros, la doctrina moral de Séneca, el alimento espiritual

(*) Edición preparada por Carmen Codofier. Editora Nacional, Biblioteca de la Literatura y el Pensamiento Hispánicos, Madrid, 1984, 510 págs.

que él proponía a los romanos de hace veinte siglos, conserva toda su virtualidad y permanece actual de siglo en siglo y acaso más en una época que, como la nuestra, tiene extraños parecidos a aquella de la que él fue espectador y juez. Lo que permanece inmortal de Séneca es su conocimiento del alma, el análisis de las virtudes y síntomas que descubren las causas de nuestros males, el espíritu religioso (en el sentido más viviente y espiritual de la palabra) que proporciona remedios para superarlos y orienta hacia su fin lo que hay de eterno en nosotros.

Porque Séneca, como Cicerón y antes Sócrates y Aristóteles, entienden que la filosofía, saber por excelencia, es también una *doctrina de vida*, un *ars vivendi* como es considerada por el estoicismo; no es sólo un saber por el saber, sino un saber «para la vida». Séneca proclama el prestigio de la filosofía porque la filosofía está al servicio de la vida, la ennoblece y la dignifica. La filosofía forma el espíritu, ordena la vida, regula las acciones...; sin ella nadie está seguro...; el filósofo debe preocuparse de sí mismo, en cuanto hombre, elaborar la virtud, pero también practicarla. Por ello Séneca es más bien un práctico que un doctrinario de la virtud, aun cuando no se presente él como modelo (*de virtute non de me loquor*) y se considere el primer oyente y destinatario de sus propias enseñanzas morales, preciándose así el más digno de crédito.

Pero tanto Séneca como Cicerón, en su concepción filosófica, en su obra literaria y en su actividad política, colocan al hombre en el centro de sus preocupaciones. Porque el estoicismo de Séneca es un humanismo, o un estoicismo humanista, característico de la concepción romana de la filosofía; es una actitud esencial de la filosofía de la vida. La idea de *humanitas* en la filosofía romana toma de la filosofía griega el concepto de tener por contenido esencial el sentimiento de la vida como proceso de desarrollo libre de la personalidad, la concepción del hombre como ente llamado a la plenitud de su ser por la capacidad de forjarse espiritual y socialmente a sí mismo.

La *humanitas* latina designa, en primer lugar, lo que caracteriza al hombre y hace que el hombre sea tal; significa después el lazo o relación entre los hombres; y, expresa, por último, aquello por lo que el hombre deviene verdaderamente un hombre, su formación, lo que nosotros llamamos educación o cultura. Séneca habla de la «humanidad en sí» —*ipsa humanitas*—, por lo cual el hombre es libre, y esta libertad consiste en no estar atado al cuerpo, sino en «elevarse por el pensamiento en lo infinito hacia el cielo». La libertad y la razón, por las que prece-

de a los animales, son las que hacen al hombre tal. La *humanitas* como relación interhumana tiene en Séneca elocuentes expresiones superadoras del pesimismo antropológico precedente. Al *homo homini lupus*, de Plauto y Ovidio, el estoico precristiano Séneca dirá que el hombre es *res sacra* y no lobo o enemigo, sino *homo homini amicus*; que el hombre ha de mostrarse dócil y dulce en palabras, en actos y en sentimientos, porque la vida no es egoísmo sino, por el contrario, servicio al prójimo: *alteri vivas oportet si vis tibi vivere*. Y la *humanitas* como formación del hombre por la educación y la cultura es un concepto de fecundas aplicaciones al problema de la paz entre los hombres y los pueblos, que es uno de los más destacados —y diríamos que actual— en el pensamiento de Séneca. Y como la «naturaleza» humana y la «recta razón» son comunes a todos los hombres, Séneca, como Cicerón y los estoicos, profesan un igualitarismo social que, juntamente con la existencia de una ley natural, fundamentan la unidad del género humano, en la que, a su vez, se basará el pacifismo del humanismo senequista.

De la *unitas humani generis qua vita sustinetur* (*De benef.*, III, 18), más allá de las barreras sociales, más allá de las fronteras nacionales y más allá de las diferencias morales, que por grandes que sean no llegan a borrar la común naturaleza; de la *humanitas*, entendida como «filantropía», igual en todos porque *membra sumus corporis magni*; de la «comunidad de los hombres», que supone la negación de la distinción entre griegos y bárbaros, y la negación también de que la idea del hombre sólo se realiza en una *polis* limitada, derivan para Séneca ciertos deberes de sociedad y de *concordia* con los demás, desde la familia y la ciudad hasta la «sociedad sin límites» que es una «sociedad de todos con todos», en el amor del género humano.

Pero los hombres, que nacen buenos y con tendencia al bien, hacen, sin embargo, reinar la *discordia* y las pasiones por doquier. Sólo la concordia y la sociedad son remedio y defensa contra los males que nos asaltan. Y la sociedad se basa en el comportamiento moral, en la amistad y en el amor.

La unidad del género humano, dogma de la filosofía estoica, vigorosamente afirmado por Séneca, es una tarea ética por medio de la *humanitas* (entendida como «paideia» —educación, formación— y, sobre todo, como «filantropía» —ayuda a los demás—), que es *virtud* que engloba cualidades morales como la bondad, la tolerancia, la equidad y la justicia —«cosa sagrada»—. ¡Cuántos deberes se extienden más allá de la prescripción de las leyes! ¡Cuántas cosas nos imponen la piedad, la humildad, la

libertad, la justicia, la lealtad, que no figuran en las Tablas de la Ley!

Con estas ideas principales de la filosofía estoico-senequista, el testimonio de Séneca es la llamada de un hombre que habla a los hombres, a todos los hombres de todos los siglos. Y los hombres del siglo xx no son, espiritualmente, inferiores a los de los siglos pasados. El mal está en el hombre y no en las cosas (el ídolo no es el responsable de la idolatría). Y el remedio está también en él como el mal. El combate no es, pues, entre el hombre y las cosas, sino en el interior del hombre. No es el dominio sobre las cosas lo que importa, sino el de sí mismo según las exigencias de la libertad interior.

A dos mil años de distancia, Séneca nos adelanta la pauta del obrar —del recto obrar según la naturaleza, que es obrar «conforme a razón»—. Vivir feliz —dice— es lo mismo que vivir de acuerdo con la naturaleza, y «el mejor bien es la paz espiritual».

Séneca permanece actual en el siglo xx porque al mismo tiempo que este siglo, deslumbrado por los adelantos y el progreso, se abandona al vértigo del materialismo y del cientifismo, sufre una depresión metafísica y religiosa que lleva a un mundo angustiado sin Dios o contra Dios; las instituciones precristianas de Séneca nos muestran las intervenciones divinas en el orden temporal y los efectos secretos y discretos de la providencia como la «mente del universo». Y las enseñanzas morales de Séneca y la doctrina de la virtud, la concordia y el amor son complementos jurídicos sin los cuales no podría mantenerse la sociedad y convivencia entre los hombres.

Si Séneca razonador convence, Séneca testigo persuade. Y su testimonio es una llamada apasionada a los demás en sencillos y vehementes diálogos en los que sobre su estilo y valor literario prima y sobresale el contenido filosófico moral de los mismos.

Platón en Grecia y Cicerón en Roma consagraron el género literario que había de adquirir merecida fama: el *diálogo*. El título de *Diálogos* se da a una parte de la obra de Séneca que comprende todas las obras en prosa de este autor a excepción de los tratados: *Cuestiones naturales*, *Sobre la clemencia*, *Sobre los beneficios* y las *Epístolas a Lucilio*. Sin que veamos una razón especial que justifique este nombre con exclusión de otra denominación igualmente aceptable, como podría ser el de *discursos*, *tratados*, *cuestiones*, etc., y sin que tampoco la forma literaria sea tan inflexible y rigurosa de diálogo, puesto que más bien responden a la forma de monólogo o soliloquio, lo cierto

es que el libro que presentamos agrupa un cuerpo de diez pequeños tratados: *Sobre la providencia*. *Sobre la firmeza del sabio*. *Sobre la ira* (tres libros). *Sobre la felicidad*. *Sobre el ocio*. *Sobre la serenidad*. *Sobre la brevedad de la vida*, y tres consolaciones: *Consolación a Marcia*, *Consolación a Polibio* y *Consolación a Helvia*.

En el diálogo *Sobre la providencia*, el problema básico y central que se plantea Séneca es el del bien y del mal; la existencia de uno y otro y la cuestión de cómo se explica la existencia del mal si existe la providencia. El tema del libro es enunciado en las primeras palabras de este modo: ¿Por qué, si existe la providencia, suceden desgracias a los hombres buenos? Para Séneca es indudable la existencia y necesidad de la providencia, porque «la obra tan grande de la creación y los hechos y fenómenos que contemplamos» no puede mantenerse «sin un guardián» y siguiendo las normas de una «ley eterna». Pero existen también las desgracias, «aunque éstas muchas veces no lo son», «suceden a quienes las quieren» y «suceden igual a buenos que a malos» y, desde luego, «son beneficiosas a los individuos y a la comunidad». Sobre este esquema versa el contenido del diálogo.

En primer lugar, «no son desgracias todas las que lo parecen», y acontecimientos ante los que nos horrorizamos y temblamos favorecen a quienes acontecen (refiere Séneca numerosos ejemplos), porque acontecen a los buenos según la misma norma por la que son buenos. Por el contrario, «la prosperidad recae sobre la masa y los caracteres despreciables; en cambio, soportar calamidades y terrores humanos es propio del gran hombre; y ser siempre feliz y pasar por la vida sin el comezón del espíritu es ignorar la otra cara de la naturaleza», ya que «nunca es muelle el testimonio de la virtud». En otros términos, para Séneca el ataque de las desgracias «no cambia el espíritu de un hombre bueno, que permanece inmutable y todo lo que le sucede lo adapta a su modo de ser, siendo más poderoso que cualquier circunstancia externa, a la que vence, elevándose sobre los demás, porque toda desgracia la considera una prueba». Y muchos hombres desean ser puestos a prueba. Y a los que Dios somete a pruebas, a los que ama... los entrena. ¿Qué hay de extraño en que Dios tantee con tanta dureza a los espíritus generosos? A despreciar el sufrimiento de las desgracias llega el espíritu por el sufrimiento. ¿Por qué te extrañas —le dice Séneca a su interlocutor y destinatario del diálogo, Lucilio— de que los hombres buenos sufran golpes destinados a reafirmarlos?

El fuego pone a prueba al oro, la desgracia a los hombres de valía. ¿De qué te extrañas si Dios permite que al hombre bueno le suceda lo que alguna vez un hombre bueno desea que le suceda? Los hombres buenos sufren algunas situaciones difíciles para enseñar a sufrir a los demás; han nacido para modelos. Adelanta aquí Séneca una explicación providencialista del mal mundano, que luego perfeccionan cristianamente San Agustín y Leibniz.

Pero lo cierto es que esta admirable doctrina de Séneca eleva los males y sufrimientos de la vida al concepto de medios e instrumentos de virtud por los que el hombre puede perfeccionarse y servir de modelo a los demás. Y este es el sentido cristiano del sufrimiento que permite el perfeccionamiento y santificación del hombre y el «buen ejemplo» para los demás en esta vida y la acumulación de méritos para la vida eterna. Y, además, para la doctrina cristiana, porque Dios dispone de una eternidad para premiar allí las desgracias y sufrimientos acaecidos a los hombres buenos durante su paso por la efímera vida temporal.

Uno de los diálogos más conocidos de Séneca es *Sobre la ira*; es también el más extenso (el único que consta de tres libros). Dedicado a su hermano Novato, empieza Séneca por hacer una descripción de la ira, de sus manifestaciones y grados, diferenciándola de la iracundia y de la crueldad, vicio en el que desemboca la ira metódica. Pero fija principalmente la atención en los efectos y perjuicios que causa no solamente a los individuos, sino a los grupos y pueblos: «ninguna catástrofe ha significado más para el género humano». No puede por ello ser natural, necesaria ni útil siendo causa de tantos males. Y no vale decir que la ira tiene grados y puede controlarse, porque es más fácil —dice Séneca— prevenirla y evitarla que controlarla una vez desatada, lo que demuestra es que va en aumento y constituye «una locura de corta duración», y al igual que ésta no se controla a sí misma, se olvida de la corrección, no recuerda las normas, se mantiene abocada con tenacidad sobre su idea original, cerrada a la voz de la razón, angustiada por razones estúpidas, incapaz de discernir lo justo y lo verdadero; que «cuando llega a olvidarse de la clemencia y arroja de su espíritu toda relación con lo humano, acaba por transformarse en crueldad».

Por eso insiste Séneca en los remedios para combatir la ira según las variadas causas que la originan y las circunstancias y personas que la motivan, pasando por alto las ofensas y valorando las circunstancias de quien ofende. Y, puesto que los motivos que nos llevan a la ira suelen ser insignificantes, puede evi-

tarse la ira, «eliminándola de nosotros», porque «nada hay tan importante que deba hacer perder tiempo al hombre, ser destinado a la muerte».

Tras exponer Séneca en este diálogo *Sobre la ira* el cuadro sombrío de su época, con las pasiones destadas de los hombres que convierten a éstos en «sociedad de bestias feroces» y aun peor que las de los brutos, señala que esa situación no es sino el efecto de «haberse oscurecido en la mente de los hombres las nociones del bien y de lo honesto». De ahí surge la guerra del hombre contra el hombre que es un «peligro de cada día y el más insidioso y frecuente» del que nacen las guerras entre las naciones. El remedio y solución a estos males hay que buscarlos en su propia raíz: en la conciencia de los individuos. Las sanciones de las leyes —dice Séneca— no pueden impedir las discordias si las normas no encuentran una leal aceptación en la conciencia de los hombres. No es posible la paz entre los hombres si la discordia acampa en sus corazones. Por eso Séneca afirma un ideal pacifista, cifrado en el cumplimiento de los deberes que ligan a unos hombres con otros, como exigencia de la *humanitas* y de la *societas*, con lo que estos conceptos encierran según hemos visto.

Pero la concordia de inteligencias y voluntades es fruto de la educación por la que desaparecerá en los hombres el oscurecimiento de las nociones del bien y de lo honesto. La educación de la voluntad es el dominio sobre las pasiones, mediante el cual se consigue la paz del alma. Y desaparecidas las causas de la discordia entre los hombres desaparecerán las guerras públicas entre los pueblos, porque éstas derivan de aquéllas. Por eso la paz no es una cosa de todo hecha, sino un perpetuo quehacer, una «tarea ética»; es un problema moral y sólo por la conciencia, la educación, la buena voluntad y la virtud entre los hombres puede vencerse la discordia y conseguirse la paz. Porque la paz es problema de los hombres «pacíficos».

La doctrina moral de Séneca, el humanismo y pacifismo por él sustentados son de plena actualidad veinte siglos después de ser pensados y escritos.

¿Merece Séneca ser leído en el siglo xx?

EMILIO SERRANO VILLAFANE.